

forma. Po los motivos indicados aparece este libro. Sin estilo brillante, del que no somos capaces, sin gran acumulacion y desarrollo de materias, que intencionalmente hemos omitido, servirá al ménos para estimular esta clase de estudios, y para que plumas más hábiles traten cuestiones que consideramos para el país interesantes.

---

## PARTE PRIMERA

---

### DE MÉXICO Á NUEVA-ORLEANS.

---

#### CAPITULO I.

##### PROCUL AB URBE.

Ustedes, lectores, los que hayan estado en la ciudad de México á principios del año de 1882, recordarán el aspecto que presentaba el despacho de la estacion de Buenavista en los momentos en que el tren para Veracruz se disponia á partir.

Los expendedores de boletos hacian caer con precipitacion sobre la blanca faz de estos el sello negro de la Empresa. Los baúles eran colocados sobre el mostrador y esperaban allí, pacientes y silenciosos, que les llegase el turno de ser trasportados á la romana, miéntras que sus dueños formaban á su alrededor una confusion que aturdiá.

—Necesito que pesen pronto mi equipaje.

—Es á mí á quien corresponde el turno.

—Yo estoy aquí desde las ocho y media.....



Mas si no habia necesidad de tomar parte en este alboroto, por haberse mandado con anticipacion las maletas, fácilmente ocurrían al espíritu singulares meditaciones. Esos cofres que se amontonan unos sobre otros y que con tan poca consideracion son trasladados á la caja portátil que debe conducirlos, contienen sin duda multitud de objetos, y misterios de sentimiento se ocultan tal vez bajo sus cubiertas claveteadas! Las cartas de las antiguas dueñas de los pensamientos, los retratos de las diversas mujeres que se han amado, ¡con qué dolor se separarán de México, lugar donde nacieron! ¡cómo se han de estremecer y revolotear á los recuerdos de la pasada terneza! ¡y con cuánto pesar dirán adios á aquellas lindas manos, de las que han recibido esos renglones que aún conmueven.....!

Pero la campana del tren agitaba su lengua metálica. La locomotora empezaba á arrojar penachos de humo y á hacer oír sus silbidos penetrantes. En marcha: tan solo habia tiempo para dar un último abrazo á la familia y para apretar la mano, desde la ventanilla del carruaje, á los numerosos amigos que se acercaban.

Pronto el tren se ponía en movimiento. Adelante; quedando atras esa ciudad tan llena de recuerdos. Adelante; bajo la sombra de los árboles que dejaban pasar la luz de la luna por intermitencias. Adelante; al traves de esas extensas llanuras, sobre las cuales el lago de Texcoco parecia un inmenso espejo tendido. Las dos constelaciones, la Osa Mayor y Menor, acompañaban á los coches en su rápida marcha, como para indicarles el rumbo; y la sombra del tren, que devoraba el espacio, for-

maba contraste con la de las encinas, que no se movía y con la de los álamos frondosos, á la que el viento hacia jugar en torno de ellos.

El sueño y el frio se hacían al fin sentir. Las bellezas naturales dejaban de observarse; las ventanillas se cerraban y todos trataban de entregarse al reposo.

## CAPITULO II.

### COMPAÑEROS DE VIAJE.

Los wagones del ferrocarril de Veracruz nunca han sido los carros Pullman. Para dormir era preciso cubrir con el sombrero la lámpara de en medio, que esparcía una luz impertinente; arrojar al suelo los cojines del asiento; formar de la maleta ó el sobretodo una almohada; y extender los rendidos miembros sobre el angosto piso. Todo esto, siempre que no se tuviesen compañeros de viaje.

Mas si los habia, los trabajos se multiplicaban. Podían encontrarse jóvenes conocidos de México y olvidarse en su compañía las molestias del camino. Mas podía tambien ser invadido el carruaje por americanos, que se apoderasen de él como por derecho de conquista, dejando apenas lugar para ocupar el propio sitio. El saco de noche era entonces preciso colocarlo sobre la red superior y permitir que desde allí amenazase, cual una roca sin base en un monte, próximo á desplomarse sobre el occipucio.

La lámpara tenia que quedar descubierta. A la luz ama-



rillenta y triste del aceite, contemplábanse los nuevos tipos con cuyo conocimiento protegía el destino. A mí me tocaron en suerte, una vieja *lady* que viajaba con su esposo, á quien presumí no habia de hacer muy feliz; un individuo de gorro encarnado y de horribles chinelas en las que reconocí el corte del calzado de los Estados-Unidos; otro de semblante austero, de quien supe despues era médico en el Arkansas..... Todas estas figuras se agitaban sobre sus puestos, con los ojos semicerrados, y oían sin duda, como yo, gritar entre la somnolencia los nombres de las estaciones de Huamantla, San Márcos y San Andrés.

No era posible dormir tranquilamente. Los bagajes de mis vecinos, desconociendo la ley de la impenetrabilidad, se obstinaban en luchar con el pié para ocupar el mismo espacio. Ya era un saco de noche del color de un lobo marino; ya una cesta de *lunch* en la que entre sardinas, queso y ternera seca, aparecian botellas con delgado cuello, cual el de María Reina de Escocia, y teteras con nariz impudente... Al fin aquella noche tuvo su término, y al amanecer nos hallábamos en Boca del Monte.

Al tinte alegre de la luz de la mañana comenzamos á disfrutar del hermoso espectáculo que ofrecian las Cumbres en su descenso. Selvas pobladas de pinos, arbus-tos que se disputaban los costados de la montaña, puentes irguiéndose atrevidos con sus piés en el abismo, túneles multiplicados queriendo descubrir los secretos de aquellas masas de granito y pórfido; y más allá las casas de Maltrata, que desde la altura parecian microscópicas, y el pico de Orizaba que se levantaba orgulloso hácia el cielo con la frente cubierta de su eterna diadema de bri-

llantes. El convoy del ferrocarril corria por aquellos declives, como una inmensa serpiente que se enroscase entre las peñas. La máquina Fairly tenia á cada momento que detenerlo. En aquel extenso plano inclinado, una altura de más de cuatro mil piés se salva en corto tiempo; y el aire, que poco ántes estaba enrarecido, llena el pulmon con fuerza, y la vegetacion, que minutos anteriores era la de Europa, se encuentra por un golpe mágico convertida en la lujosa del trópico.

Allí estaban ya esos campos de tabaco, esas plantas enanas con anchas hojas derramando oxígeno; más allá las plantaciones de azúcar, con su ejército de cañas que esperaban la siega, como un batallon de soldados aguarda impasible la metralla; los cafetales, que exigen contra el sol la proteccion de sus hermanos mayores los plátanos. Las torres de Orizaba se distinguian entre la niebla como dos brillantes cometas: el Cerro del Borrego mostraba aún las sangrientas huellas de uno de nuestros grandes desastres de la guerra de intervencion. Mas el vapor acababa de lanzar sus rugidos. Nos acercábamos á la capital del Estado de Veracruz. Mis compañeros de viaje, absortos hasta entónces en las delicias del paisaje, se prepararon para almorzar y continuar su camino, y únicamente Mr. Johnson, el médico del Arkansas, se decidió á quedarse conmigo en Orizaba, á admirar las galas espléndidas con que la naturaleza ha enriquecido á esa ciudad privilegiada.

---



## CAPITULO III.

## ORIZABA.

Si se consulta una obra de geografía, se sabrá que Orizaba es una población, noventa kilómetros al Sudoeste de Veracruz; que tiene tabaco, paños y cotonadas; que el número de sus habitantes asciende á treinta y dos mil; que en sus inmediaciones existe un pico volcánico de 5,275 metros de altura; que sus calles son hermosas, en especial la mayor; y aún se mencionarán la parroquia, las iglesias de Santa María y San Juan de Dios, y una imagen milagrosa en honor de la cual se hacen peregrinaciones desde largas distancias.

Pero la geografía, más que en los libros, es necesario aprenderla en el gran mapa del mundo. Ningun autor intentará describir ese valle precioso sobre el que la ciudad está situada, ni las corrientes de agua que por todas partes la surcan, ni esa atmósfera diáfana que descansa sobre las montañas como un fanal transparente. No se dirá que las plazas parecen las glorietas de algun parque, y que sentado en ellas se respira ambiente purísimo que hace bien á los nervios y al corazón.

La naturaleza, en efecto, ha derramado allí cristales puros y verdes brillantes. Hay una alfombra de varias leguas, que se extiende entre el mar y las montañas, sobre la que el viento ama jugar. La ciudad, con sus casas blanqueadas, parece una isla en un mar de vegetación.

A veces el volcán cercano, cual si fuese un sacerdote de Diana, intenta arrojar un velo sobre cada planta; pero pronto los rayos del sol lo hacen pedazos, y aquellas hojas reciben calor benéfico, y las nieves derretidas del coloso que las guarda vienen á darles vida y á refrescar las sedientas raíces.

Orizaba celebraba en aquellos días una exposición, percibiéndose desde lejos un gran palacio de madera con el pabellón tricolor ondeando en su torre de en medio. Después de una subida un poco larga, se podía llegar por fin al edificio. Véanse en él reunidos los productos de varios Estados de la República y algunos extranjeros. Los tabacos de San Andrés Tuxtla, las azúcares de las haciendas cercanas á Cuernavaca, las maderas de los bosques veracruzanos, hallábanse al lado de los efectos de loza y lencería confeccionados en Chicago. Y es que el trabajo todo lo hermana: las diferencias de nación y de raza desaparecen ante el gran nivel del comercio, y la industria, en su justicia distributiva, no reconoce esas líneas de puntos trazadas con tanta precisión en los atlas.

Para que nada faltase en la exposición, había en ella un mono y un caimán. El primero jugaba con todos los chiquillos que se le acercaban. El segundo no estaba de tan buen humor; permanecía echado en su cárcel de madera, con la boca en el agua, los ojos entreabiertos, é insensible á todos los insultos que se le prodigaban: parecía la representación de la ferocidad abatida.

Al salir de la exposición se visitaba la alameda, pedazo de tierra donde la naturaleza ha hecho mucho y los hombres no han hecho nada. Allí me encontré á Mr.



Johnson. Buscaba no sé qué yerba que le hacia falta en su coleccion botánica. Desde por la mañana habia recorrido las inmediaciones de la poblacion, examinando todo género de plantas. Era un famoso adorador del reino vegetal. No pensaba sino en *fanerógamas* y *criptógamas*, en *monocotiledóneas* y *dicotiledóneas*. Luego que me reuní á él, quiso enumerarme siete mil especies de vegetales conocidos en Europa y cuatro mil en América. ¿A qué se debia esta desigualdad, siendo América un país más extenso y con todas las ventajas que el trópico le proporciona? Unicamente á que Europa ha sido mejor explorada; pero esto no debia continuar más tiempo. Pasó despues á explicarme la visibilidad de la flor en las plantas, lo que en ella se llama *lóbulos*..... Mas á la verdad, esta conversacion sostenida en inglés, sobre una ciencia tan complicada como la botánica, me dejaba sin comprender la mitad de ella, y la otra parte me costaba esfuerzos intelectuales comparados tan solo á los que hago cuando juego ajedrez. Dije, pues, á Mr. Johnson, que la cena nos aguardaba, y de esta manera conseguí llevármelo para el hotel; no sin que en el camino dejase de hablarme de Studel, de Humboldt y de Brown, y de manifestarme que, miéntras no saliese el vapor, se ocuparia en Veracruz en el estudio de las plantas marinas; género hasta ahora poco conocido, sobre el que los naturalistas no poseen sino datos incompletos.

#### CAPITULO IV.

##### EN CAMINO.

La mañana siguiente, al tomar el tren para Veracruz, temeroso de que Mr. Johnson tratara de describirme todos los árboles del camino, cuide de promoverle conversacion sobre algun punto enteramente extraño á la ciencia de los vegetales.

—Habrá vd. leído á Lord Byron, ¿qué juicio se ha formado vd. acerca de él? fué lo primero que se me ocurrió preguntarle.

Es, me contestó, el más grande y el más inglés de los poetas de su nacion; tan grande y tan inglés, que él solo nos hace conocer sobre su país y sobre su tiempo más verdades que todos los otros juntos.

—No fué ese el juicio de sus contemporáneos, y aún despues de su muerte su genio se ha tratado de denigrar: las críticas no han faltado.

—Combatió toda su vida contra el mundo de que habia salido, y esto le atrajo resentimientos y repugnancias.

—¿Cuál de sus poemas prefiere vd.?

—Childe Harold; por más que de él haya dicho Walter Scott que no da buena idea del corazon y de la moral del escritor.

—El vicio, en efecto, debiera ser más modesto.

—Byron, al pintarse en sus héroes, no lo hacia sino con



negros colores, presentándose peor de lo que en realidad era.

De Byron pasamos á Tennyson; de Tennyson retrocedimos á Swift. Ibamos tal vez á dar una vuelta por toda la literatura inglesa, cuando el wagon paró en Córdoba, y allí encontró Mr. Johnson una familia americana con la que continuó el viaje. Sentí verme privado de una compañía que comenzaba ya á agradarme.

En aquellos momentos una música se hacía oír en la estación. La música, cuando uno se halla solo, es singularmente apta para despertar los recuerdos, y estos están bien recientes á los principios de un viaje. ¡Quién no ha dejado alguna linda jóven, de la que ha tenido que separarse enjugando sus lágrimas, despues de haberle dado el último beso de despedida! ¡Quién no se imagina estar-se aún paseando con ella por las calles hermosas de algun jardin, y que juntos ascienden las avenidas, admiran los prados bordados de flores y se detienen en las enramadas, al través de cuyas apretadas hojas no pasa el viento sino suave é imperceptible! ¡Pasion llena de encantos, la del amor! ¡el hilo de la vida seria bien sombrío, si tú no entretejieses ahí tus colores brillantes!

Mas los recuerdos matan; las heridas aún están vivas; se experimenta la necesidad de aire; se hace bajar por la ranura el cristal de la ventana, y se busca en la naturaleza algo que quite el peso que se siente en el alma.

El país que se extiende entre Córdoba y Veracruz es hermoso: mas es la una de la tarde, y la atmósfera se encuentra pesada. El conocimiento que se tiene de lo malo de esos lugares les comunica cierto velo de tris-

teza: parece que va uno á morir asfixiado por aquellos perfumes..... Es preciso, no obstante, quitar de la imaginacion lo que desagrada.... Aprovecho una detencion para reunirme con una familia conocida y hacerme temporalmente miembro de ella. Continuamos corriendo. A las pocas horas hemos llegado á Veracruz. Amigos vienen á recibirnos á la estación. Entreguémonos á ese sentimiento, comparado por un poeta al sol de la tarde, el cual hace sus rayos más extensos y dilatados á medida que avanza.

Présent des dieux, doux charme des humains,  
O divine amitié, viens pénétrer nos âmes.

## CAPITULO V.

### VERACRUZ.

Veracruz es una poblacion que ha adelantado mucho en veinte años. Cuando la guerra civil inundaba de sangre nuestro suelo; cuando no pensábamos en el país sino en destruirnos unos á otros; cuando la muralla oprimia la ciudad como una poderosa cinta de acero, Veracruz podia condecorarse con los títulos de valiente y heroica, pero su poblacion no pasaba de ocho á nueve mil habitantes, su aspecto era triste, sus calles silenciosas, y algunos marineros y traficantes representaban todo su movimiento mercantil.

Hoy Veracruz tiene algo que vale un poco más que el humo de los combates. Tiene los navíos de Europa y



de América que, adornados con sus vistosos pabellones, vienen á visitar aquellas aguas, cual si fuesen otros tantos cortesanos en el cuarto de recepcion de algun príncipe. El número de habitantes ha aumentado en más del doble; la ciudad ha echado abajo sus antiguas murallas, como un rio que sale de madre; un nuevo muelle se levanta frente al antiguo, como un rival que le disputa el triunfo; y la locomotora, al venir de México, se pasea por los arrabales en otro tiempo desiertos, turbando con sus alaridos el silencio de aquellas soledades, y derramando la animacion y la vida en aquellas playas de tempestades, de tostadas arenas y de clima mortífero.

Se tiene apénas tiempo para bajar del tren, y ya se encamina uno hácia el mar. ¡Monstruo pavoroso de la naturaleza! ¡masa enorme que llegas en golpes repetidos sobre esa pequeña banda de tierra que no parece capaz de resistirte un solo momento! Se perciben ya á las nubes, esas grises é informes hijas del aire, aspirando en tu seno, con sus largos picos de nieblas, el agua que arrastrarán á gran pena y vendrán despues á devolverte; trabajo inútil y fastidioso que pudieran muy bien pasar por alto. Desde lo apartado de tus dominios nos traerás muy pronto á visitarnos al famoso viento norte, viejo *gruñon* que vendrá á hacernos oír su voz cavernosa y á repetir sus hazañas acostumbradas: se entretendrá en mover las arenas, en obstruir de escollos la costa, en destroz ar algun barco y en formar de los pantalones de los transeuntes una especie de velas para acelerar ó retardar su marcha. Con razon la Holanda es un país tan triste:

no vive sino mediante su lucha constante con el Océano; ¡y no puede haber lugar sino á pensamientos siniestros y melancólicos cuando se tiene en presencia esa béstia feroz, ese enemigo que no descansa, esa inmensa sábana azul que amenaza á cada instante sepultarnos entre sus pliegues caprichosos!

Un capitan habla de la pérdida de su buque: otro individuo describe una tormenta en alta mar. Por todas partes presagios funestos. Mas hay que arrojar las supersticiones como un peso inútil; no tener fé en las doctrinas de los antiguos romanos sobre augurios; y desde ahora proponerse que, áun si se recibe un golpe en la cabeza el dia del casamiento, no por eso se dejará de ir al altar.

#### CAPITULO IV.

EL "WHITNEY."

Han pasado veinticuatro horas, y el viento hincha ya las olas: burbujas cada vez más considerables se levantan de la superficie líquida, con bordes cubiertos de espuma rizada. Un marinero ha venido á urgirnos para que nos embarquemos pronto, pues dentro de una hora no será posible llegar al vapor, y los baúles han sido trasladados precipitadamente á la proa de un bote, miéntras que varios pasajeros hemos tomado asiento en la parte de atras.

No hay encanto comparable al que produce la rapidez. La vela latina de nuestra embarcacion la pone completa-